

CECILIA

Pau March

Image not found.

Capítulo 1

CECILIA

La vida de Cecilia se había convertido en un infierno, en un auténtico infierno. Lejos estaban los años de juventud y felicidad junto a Fernando, su esposo, con quien llevaba quince años casada. A sus treinta y ocho años se sentía vieja y agotada, o más bien desgastada, de tanto sufrimiento y desgracia en los últimos tres años.

Fernando, dos años mayor, llevaba tres meses desempleado; sin trabajo, sin dinero, desesperado. Había presentado docenas de currículum vitae. Estaba claro que con cuarenta era ya casi un dinosaurio, mayor y desechable, prescindible. Como sucede en tantos casos, se fue hundiendo y amargando; se dio a la bebida y se pasaba el día en el bar de abajo jugando a las cartas, terminando casi siempre medio borracho, infeliz y cabreado.

Aún así Cecilia seguía amando a Fernando como el primer día; a pesar de haberse convertido en un auténtico borde, violento y desagradable. Le conocía muy bien y sabía que tenía un gran corazón y buenos sentimientos, aunque estuviesen sepultados y olvidados desde hacía mucho. Todos estos sinsabores desde unos años atrás no eran sino producto de las circunstancias y de la desfavorable situación, que confiaba algún día se resolviera. A pesar de convivir con el mismísimo demonio; a pesar de sus gritos, insultos y maltratos, Cecilia deseaba conservar y salvar su matrimonio.

Ante el apuro económico comenzó Cecilia a trabajar el año anterior en una cafetería-restaurant. Jornadas agotadoras de seis a cuatro treinta, en las que fregaba, cocinaba, atendía las mesas, la barra; un poco de todo, o mejor dicho, mucho de todo. Después a las cinco recogía al crío de la escuela. Entraban en el súper y compraba lo que necesitara y de ahí directo hacia su casa; se descalzaba, se quitaba la chaqueta, se ponía cómoda; le ponía la merienda al chaval, y por último se sentaba y se relajaba, sin música de radio ni televisor. Solo silencio, estaba reventada.

Se puso a pensar en Carlos, un compañero de trabajo muy amable y afectuoso que la trataba especialmente bien; que la miraba constantemente con brillo en los ojos y siempre antes de despedirse del trabajo le ofrecía un bombón. "Qué simpático y guapo este Carlos— pensaba ella—, le gusto un montón eso está claro. Si fuese libre no lo dudaría ni un segundo, pero no es así, no soy libre; a pesar de todo, de su genio y malhumor, Fernando es y siempre será el dueño de mi

corazón".

A las seis sonó el timbre de casa y abrió Cecilia. Allí no había nadie. Miró al suelo y vio una caja de bombones con una rosa encima. No llevaba sobre, ni tarjeta, nada. Se asomó al hueco de la escalera y vio bajando al funcionario de correos. Cogió la rosa y los bombones y se sentó: la destapó, se comió uno y se quedó mirando la rosa y pensando en Carlos. "Qué romántico y seductor este chico—se dijo ella—, qué detalle tan bonito y conmovedor, es un cielo de chico". Luego se levantó y se dispuso a arreglar las cosas de la casa; fregó los cacharros de la cocina, aseó las camas, tendió la ropa y pasó la escoba.

A las ocho comenzó a preparar la cena. Cortó tomates y cebollas y enjuagó lechugas para la ensalada; peló unas patatas y con los huevos preparó unas tortillas; asó unos filetes con champiñones y destapó una botella de vino. A las nueve entró Fernando, cerrando de un portazo; y ya como era habitual en él, llegaba de mala leche, maleducado, y quejándose de si la cena estaba medio fría o medio caliente. Le dio tres bocados a la cena, bebió media botella de vino y se fue a la cama. Así dejó a Cecilia llorando y al chaval cenando y viendo la tele. Esto sucedió un nueve de febrero.

Pasó el tiempo y pasaron los meses. Cada nueve de cada mes Cecilia recibía como siempre sus rosas y bombones. Un día nueve estuvo atenta a la llegada del cartero. "¿Quién me envía esto?"— le preguntó—. "No puedo decírselo señora, pero está claro que se trata de un admirador"— respondió el cartero. Así quedó la cosa.

Los nueve de cada mes Cecilia recibía su regalo y pensaba en Carlos, su admirador secreto. En horas de trabajo comenzó a confesarle la penosa situación por la que pasaba su matrimonio, pero le decía también que estaba muy enamorada; que aquello pasaría, que él no era así, y que algún día se arreglaría. Nunca hablaron de las rosas y bombones del nueve de cada mes. Iba a ser su romántico secreto.

El nueve de noviembre Cecilia esperaba al cartero. Se asomó a la terraza y lo vio llegar desde el final de la calle. Conforme se acercaba vio como Fernando salía a su encuentro y se paraba un minuto a hablar con el cartero. Le dio un billete de cinco, una rosa y una caja de bombones.

* Basado en la canción "Un ramito de violetas" de Cecilia.